

Tiempo bífido

Leda Rendón

Elena está cada vez más cerca del mundo de los muertos: sus restos se dirigen a la cena con el Proveedor. Elena viste una falda ajustada debajo de las rodillas, su camisa de seda gris hace juego perfecto con el par de zapatillas Prada. Rocía sobre su cuello y muñecas un poco de perfume Kenzo Amour y muerde un pedazo de lima por aquello de los besos al recibir la mercancía. La Elena del espejo se disuelve en la oscuridad y una nube de feromonas se instala en el ambiente.

Elena entra radiante al restaurante de moda en el que se dio cita con el Proveedor, los políticos del momento acostumbran visitar el lugar por la cocina que combina los cortes argentinos y los mariscos. Un par de ojos masculinos lengüetean su cuerpo perfecto y más de dos mujeres afilan sus dientes, las miradas danzan en el cuerpo de Elena y su falda cruje y sus pies parecen flotar sobre el mármol del lugar. Desde la primera mirada que cruza con Roberto, el Proveedor, Elena sabe que todo está concedido. Roberto le entrega una caja, que ella abre discretamente para comprobar que la mercancía está en su lugar y no duda en ofrecer el beso para el que se había preparado por más de dos horas. El Proveedor la aparta.

—No te preocupes, ya encontraremos la manera de solucionar el pago.

Elena llega a su casa empapada, es el mes de mayo. Abre la puerta y se observa sentada en el sillón esbozando una enorme sonrisa. La otra Elena alarga la mano exigiendo le entregue el contenido de la caja. Elena ve cómo el fantasma se administra la droga.

—¿Estás con nuestro padre? —pregunta Elena.

—Sí, es hermoso como en nuestro recuerdo, está despertando. Pronto llegará el día de entregarnos a él.

Elena viaja al pasado, desayuna con su madre en un café soleado del centro de la ciudad. La mujer que

recordaba regordeta y amargada, siempre emanando un *shampoo* dos en uno, ahora está en su mejor momento. Se podría decir que es hermosa y un brillo extraño recorre sus ojos, su perfume es una mala mezcla de agua de rosas barata. Da la impresión de tener mucho que dar al mundo y se olfatea que la idea de tener a su niña, a su hija Elena, la emociona. Elena balbucea algunas palabras y resbala sobre la mesa un papel sepia, en ese mismo instante tiene la sensación de que alguien la asfixia, mientras tanto, su madre lee:

Quiero morir pero preferiría no haber nacido.

Su madre perpleja deja caer sobre el papel varias lágrimas que lo empapan, busca en su bolso rojo un pañuelo, levanta la cara y se da cuenta de que Elena ha desaparecido.

Después de recorrer las cuadras interminables que van desde el lugar de transferencia hasta su casa, Elena comienza a sentir las consecuencias de su viaje al pasado y no puede evitar gritar en un ataque de desesperación. Llega a su departamento, se quita la ropa y sale desnuda al pasillo como sonámbula. Ya en la cocina se acerca con mirada suplicante a su sirvienta y le dice que le toque la frente para ver si tiene temperatura. La mujer rechoncha con olor a leche y huevo produce tranquilidad, es tan parecida a todas las mujeres que últimamente ha conocido, se acerca tímida y sin levantar los ojos le toca la frente y confirma la alta temperatura.

—Sí señora, tiene usted fiebre.

El corazón de Elena huele a pescado rancio, cada vez que emite un latido impregna el ambiente de nostalgia, despide el olor de la desesperanza. Elena tiene un

orgasmo con un hombre y desea estar con otro, constantemente piensa en el pasado, en lo que pudo haber sido. Padece del deseo no satisfecho, de la duplicidad, dividida, siempre fragmentada. Se esconde entre sus dolores, sus amores y sus deseos, se alimenta de ese dolor estomacal que produce el abandono y el rechazo y es feliz si su papel es el de víctima. Sólo una parte de ella toma las riendas de su vida. Hoy ha decidido manejar su destino.

Pasan los días y el cerebro de Elena está a punto de estallar y la monotonía se oculta en cada rincón. Recorre tiendas, se compra zapatos, bolsos, faldas, pantalones. Las marcas son variadas Rapsodia, Dolce & Gabbana, Burberry, Armani, Abercrombie, Lacoste. Cubre su cuerpo de telas finas, del olor a nuevo de la mercancía. Se reúne con el Proveedor, hacen el amor en lugares públicos, con zapatos lujosos y lencería desechable. El Proveedor propone juegos y alimenta el desprecio de Elena por la vida, pero sobre todo le proporciona las drogas para los viajes al pasado. Elena piensa constantemente en ese viaje, en esos cinco minutos que estuvo con su madre y sabe que ese día cambió todo. Su piel comienza a descomponerse, ha notado unos agujeros debajo de las axilas y sabe que la situación irá empeorando. La enfermedad se apoderará de su cuerpo y estará muerta de un momento a otro, desaparecerá.

El dolor de los desaparecidos es intenso, dicen que es parecido al del parto, pero que se prolonga por meses. Todo empieza con unos granos purulentos en la frente que recuerdan a los años adolescentes y después aparecen en las axilas unos agujeros, las dos manifestaciones desaparecen relativamente rápido. Al final los viajantes alcanzan un estado de putrefacción tal y sus lamentos son tan agudos que es imposible distinguir su rostro y sus voces.

Aun así las ganas de viajar al pasado y de tener la capacidad de cambiarlo son tan fuertes que casi todos han recurrido a la técnica de los sueños inducidos con drogas. La mayoría de los viajes producen una depresión asquerosa. Los viajantes se reúnen en grupos como los de los alcohólicos, drogadictos o los comedores compulsivos. En las reuniones justifican interminablemente su enfermedad diciendo que esa experiencia no la cambiarían por nada. Se desconoce si los grupos curan a los enfermos, lo que dicen es que los enfrenta con lo que pasó y hay quien alcanza la redención. Una cosa es segura, la muerte siempre está acechando y los viajantes mueren en menos de un año.

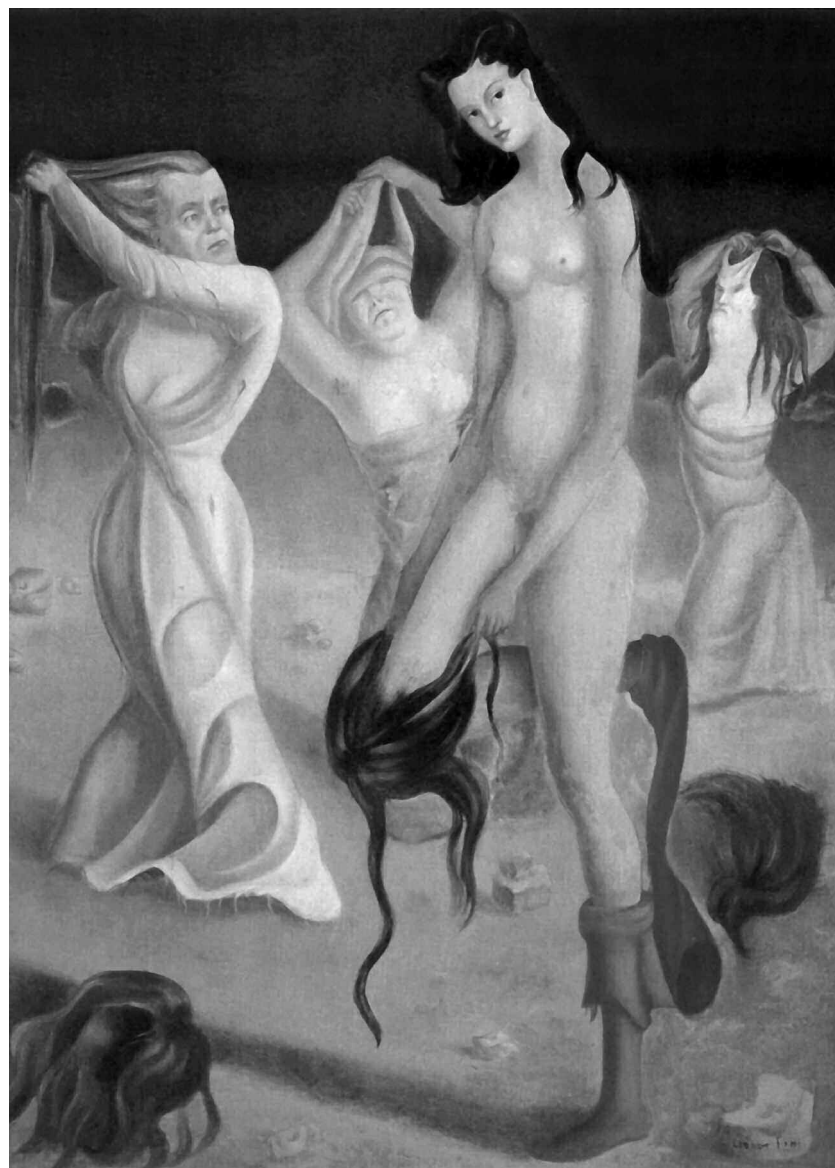
La inestabilidad es tal que conseguir las drogas para el viaje es casi imposible. El gobierno comenzó a limitar su venta al darse cuenta de las terribles consecuencias que parecen no importar, escapar es la mejor opción para evitar el tedio de la vida.

Elena se arrodilla frente a la emanación, el fantasma, y dice con las manos ensangrentadas cruzadas en el pecho:

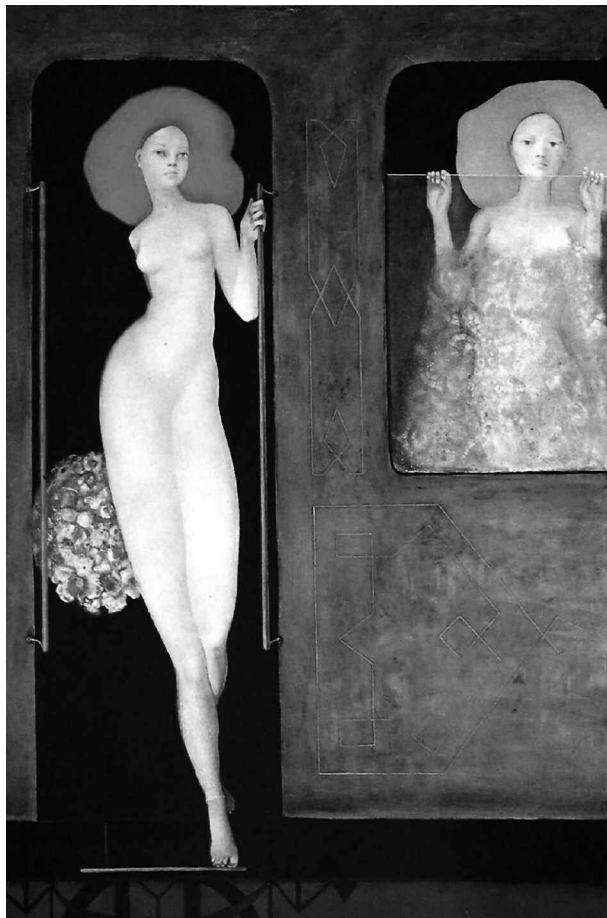
—Pido perdón por haber cambiado mi vida, y sobre todo pido perdón si algún día fui presa del deseo, pido disculpas por haber deseado cambiar mi vida. Esto es lo peor que me pudo haber pasado y exijo tener otra oportunidad para arreglarlo todo.

La putrefacción ha comenzado y sólo queda una opción para que las cosas cambien y quien falla es condenado a una muerte más dolorosa y suceden cosas que permutan el equilibrio de la naturaleza. Pero es un riesgo que Elena está dispuesta a correr.

La señora Luna la atiende cuando cruza la zona de traslado, le aprieta el antebrazo y la conduce a una pequeña sala adornada con un original de Hopper, *Morning in a city*, que estaba en el Williams College Museum of Art



Leonor Fini, *Entreacto de la apoteosis*, 1938-1939



Leonor Fini, *Expreso vespertino*, 1976

años atrás. La señora Luna se sienta frente a ella y con gran familiaridad le dice:

—Es necesario que la vida se genere de nuevo.

—¿Cómo?, —pregunta Elena.

Un hombre alto, bien parecido, de ojos de venado, llega de manera intempestiva y le comunica a Elena que todo está listo para la transferencia. Elena aspira el perfume Hugo Boss que despide el caballero y descubre que debajo de ese aroma está ese olor almizclado que la despierta cada madrugada. Llegan a un cuarto blanco con una enorme pantalla de cristal líquido y una plancha metálica de operaciones en el centro. Podría ser el último lugar del mundo que se presentara frente a sus ojos. Le dan una bata que se pone en el baño de junto y la enfermera le indica que se coloque en la plancha de operaciones, entran a la sala dos médicos más que se acercan y la llaman por su nombre como si la conocieran de hace años, parecen grandes amigos.

—No te preocupes, todo va a salir bien, lo importante es que cumplas tu cometido, te voy a inyectar el contenido de esta jeringa, voy a contar hasta veinte, paulatinamente te irás durmiendo, es importante que visualices a dónde te diriges, de lo contrario corres el riesgo de que tu viaje no cumpla con su objetivo. Ya lo has hecho antes, sólo recuerda que ésta es tu última oportunidad.

En la pantalla de cristal líquido se puede ver el viaje que Elena experimenta. Cuando el anestesiólogo ter-

mina de decir esas palabras Elena ya está caminando confundida por las calles de su infancia.

Ve a su tía caminando apresurada con su bolsa amarilla colgándole del brazo.

—Se parece tanto a la señora Luna —piensa Elena.

Elena camina por la calle tratando de recordar cada detalle, mientras se levantan frente a ella los edificios en los que había crecido. Al dar la vuelta a la esquina choca con una niña de seis años.

—Todo salió mal —piensa Elena—, no era éste el momento al que quería regresar.

Pequeñas gotas de sangre le resbalan por la frente. Sostiene con fuerza a la niña entre las manos, se descubre en sus ojos, y le grita angustiada.

—¡No mires hacia atrás o te destruirás!

La niña le extiende una nota. Elena la guarda en su bolsillo. Nunca, hasta el día de su muerte, sabrá su contenido.

Elena comienza a interferir en los sueños de su padre. La técnica que utiliza es ya depurada y utilizada por generaciones anteriores. Las drogas necesarias están dispuestas del uno al siete en su mesa de noche. El Proveedor hace bien su trabajo. Después de dos horas de oraciones se mete en la cama y se administra las inyecciones en intervalos de cinco minutos, entre cada una respira profundo, deglute y piensa en su padre durmiendo en aquella cama matrimonial en la que ella varias noches se había colado entre las sábanas para separarlo de su madre a la que siempre detestó. La imagen constante que tiene de él es de espaldas en la ventana de su recámara con el teléfono en la mano. Al terminar con las inyecciones sólo tiene que esperar un lapso de diez o veinte segundos para quedar completamente dormida. Ha pensado mucho antes de atreverse a hacer la inducción en su propia casa, es una técnica que se utiliza como última opción puesto que la descomposición comenzó hace ya un par de meses.

Su padre se materializa cada vez más en su recuerdo y con esa imagen puede, por fin, meterse a sus sueños. Si su padre se asusta podría despertarse bruscamente, así que tendrá que hacer las cosas poco a poco, la cautela es esencial para el cambio del pasado a través de los sueños. El objetivo es lograr que su madre y su padre tengan un encuentro carnal para poder concebirla en tiempo y forma. Si falla su muerte es inevitable. De cualquier manera el riesgo que está tomando es mayúsculo y puede ser que le queden unos cuantos meses de vida.

Comienza la cuenta regresiva, el cuerpo se relaja y lo visualiza allí tirado en la cama junto a su madre. Se sienta frente al espejo y consigue verlo caminando por

una calle empedrada, le da la mano, él apenas volte a verla. Siente su presencia porque ni siquiera en el sueño puede evitar reconocerla. Aun antes de concebirla, él percibe que es su hija, pero prefiere pensar que es una hermosa desconocida. Todo debe ser despacio, pero definitivo. Pasan junto a gente que se les queda viendo desconcertada. Elena siempre quiso más a su padre que a su madre, aunque era refunfuñón y cascarrabias siempre fue notoriamente más inteligente y le enseñó cosas del mundo que su madre, en su ignorancia, ni siquiera sospechaba.

El padre de Elena despierta llorando porque se ha enamorado de una mujer desconocida, la siguiente noche se duerme con la esperanza de volver a ver a aquella mujer que se le ofrecía sin remilgos.

—Me deseas —dice él.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me gustan tus ojos y tu pelo.

—Tardaste mucho en aparecer de nuevo, ya me casé.

—A quién le importa eso, yo estoy contigo por el puro placer de hacerte el amor. Vengo de otro lugar a amarte. Sólo yo puedo amarte.

—¿Quién eres, por qué te apareces y trastornas mi vida?

—¿Podemos hacer el amor? —dice Elena.

—Sí, mañana me duermo a las doce de la noche.

Éste es el tercero de siete sueños hasta el día en que Elena logre ser concebida por su padre y su madre, el día y la hora exacta para que el resultado sea el mismo.

A continuación relataré el último sueño inducido de Elena, su padre la espera con ansias, no hace más que pensar todos los días en sus encuentros nocturnos, la mujer que está a su lado no le importa en lo más mínimo y hace todo por alejarse de ella cuando comienza a acariciarlo. Desde el primer día que apareció Elena la apartó de una bofetada de su lado.

Su padre se duerme a la hora convenida y por fin el encuentro sexual en los otros sueños tantas veces insinuado sucede. Son el día y la hora precisos: el sueño y la realidad se mezclan. Su madre duerme con esa expresión de insatisfacción que la caracteriza y su padre espera a la mujer hermosa que se le aparece en sueños. La noche es calurosa, los perros ladran presagiando la muerte. Su padre despierta y a quien encuentra a su lado es a Elena completamente desnuda, la piel apiñona-

da y los ojos que le brillaban por la luna llena que deja pasar su luz por la ventana. Elena sonrío y le ordena que saque las esposas que él mismo, por orden de ella, había escondido debajo de la cama. Su padre hace lo que Elena le ordena, la amarra. Su madre grita extrañada, pero sus gritos no son escuchados. Elena le ordena que le abra las piernas y le lama el clítoris lentamente, su padre lo hace sin objeciones.

—Aprieta más fuertemente tu cabeza contra mi sexo —él lo hace extasiado.

Su madre grita enfurecida y su padre como poseído sigue las órdenes de un fantasma.

—¡Me haces daño! —grita su madre.

Pero ni siquiera al perro le parece extraña la escena. Elena le ordena que la voltee y le lama el culo muy profundamente, que le meta la lengua hasta el fondo, que llene el ojo trasero de saliva y la penetre con todas sus fuerzas, él obedece. Su madre grita de desesperación y las lágrimas derriten su alma. Algo le dice que todo lo que está sucediendo es necesario, es una repetición. Elena está disfrutándolo, los ojos se le escapan de las órbitas y grita desesperada que quiere más. Su padre, siervo fiel, la obedece sin chistar. La sangre se puede ver cada vez que él saca su pene del culo. Él sólo ve a Elena gritando de placer y pidiendo más. Le ordena que se lo meta en la vagina y que allí termine, él obedece. Todo está hecho.

Elena consigue lo que se había propuesto, ser concebida de nuevo. No morirá como los otros viajantes. Las palabras de la señora Luna braman como eco en su memoria, es necesario que la vida se genere de nuevo.

Un mes después de los sueños se da cuenta de lo irremediable, está embarazada de su padre. Elena decide tener a su hija y al dar a luz se ve duplicada. Elena muere al mismo tiempo en que la pequeña Elena da la primera bocanada de aire. Finalmente ella está acostumbrada al contacto con el mundo, aunque el mundo la rechace constantemente. Ha nacido la mujer sin madre, la mujer que nace de sí misma por una contradicción en el tiempo.

Cuando el Proveedor entra a su casa encuentra a una niña prematura en la cama. Su nombre Elena. ¡Elena su pequeña hija!

—Todo está bien, comenzaremos de nuevo —murmura el padre proveedor a su hermoso retoño.

En la pequeña mano de la recién nacida se puede ver un papelito enrollado, quizá la nota que su madre nunca leyó. **U**

Leda Rendón (Tapachula, 1982).